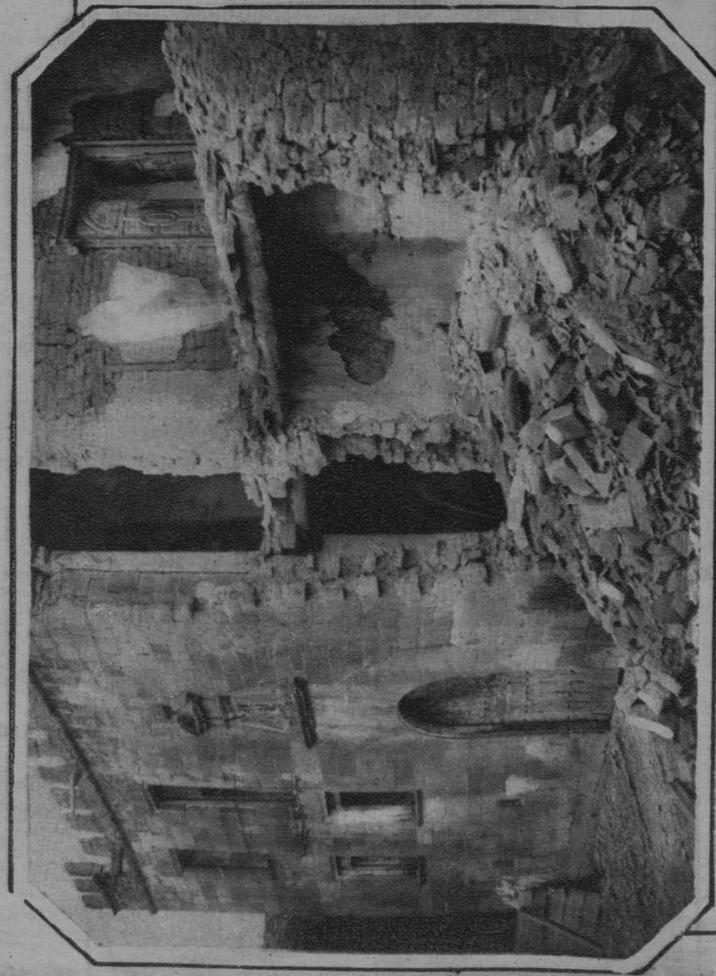


NVM  
138

PAGINAS  
EXTRAORDINARIAS

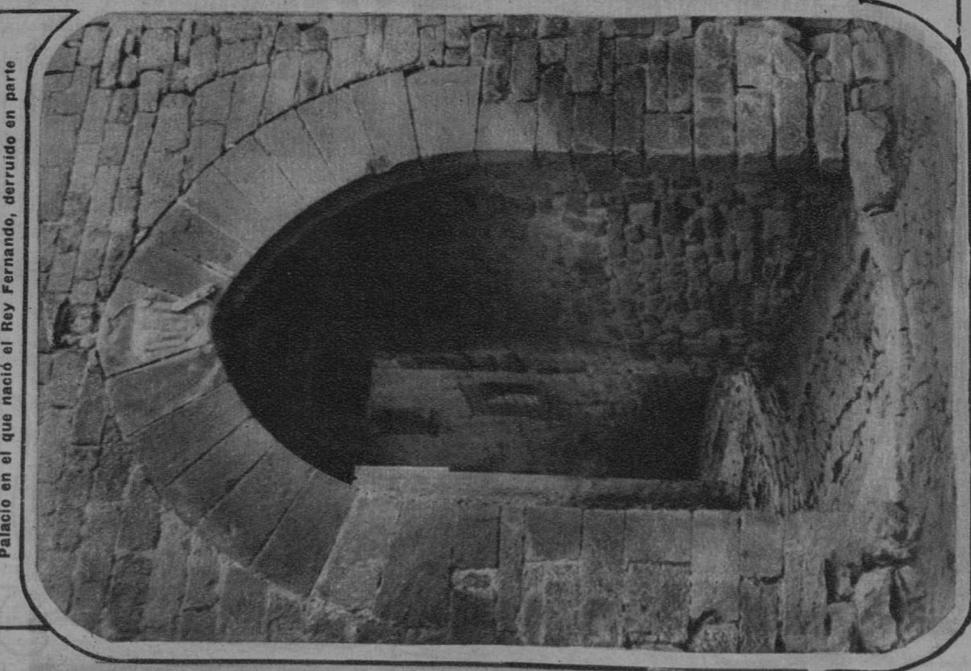
diario  
1928

El Dia Gratís

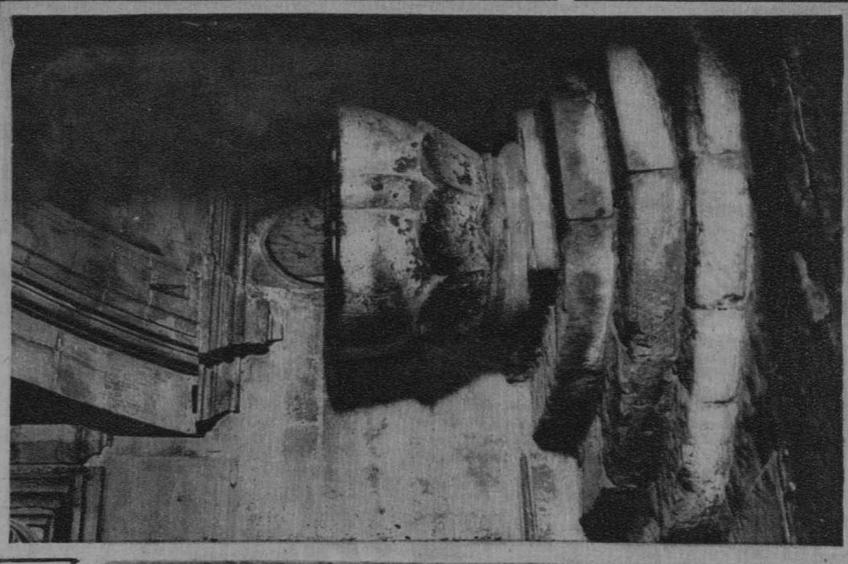


EL PUEBLO DE  
SOS DEL REY,  
CUNA DE  
DON FERNANDO  
EL CATOLICO

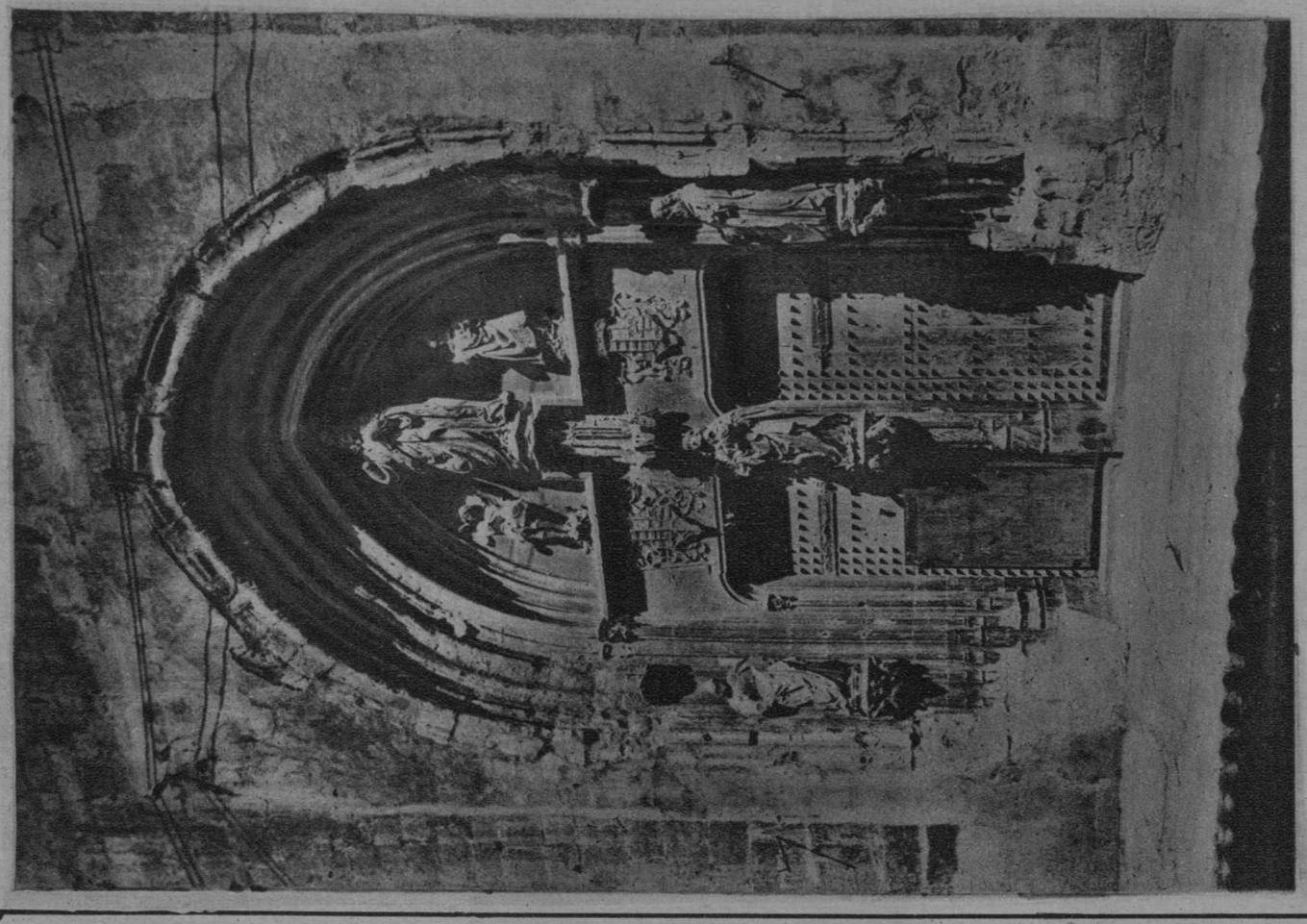
Palacio en el que nació el Rey Fernando, derruido en parte



Portal de Jaca, por donde entró en la población Doña Juana Enriquez



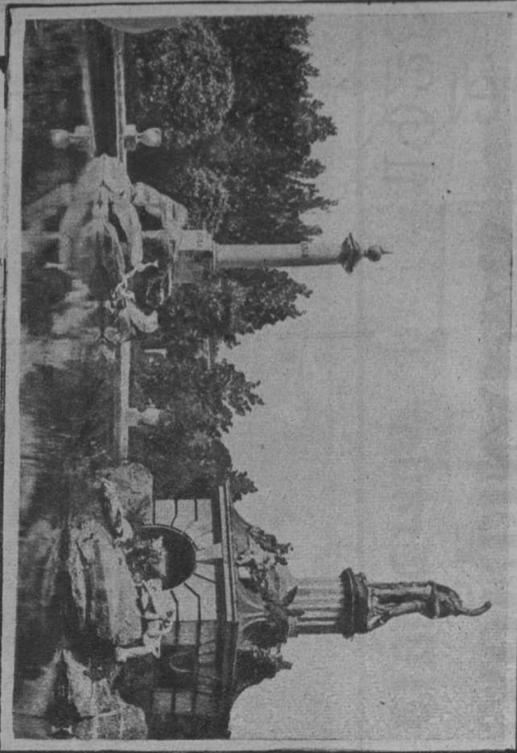
Pila bautismal de San Esteban, en la que fué bautizado el Rey Fernando



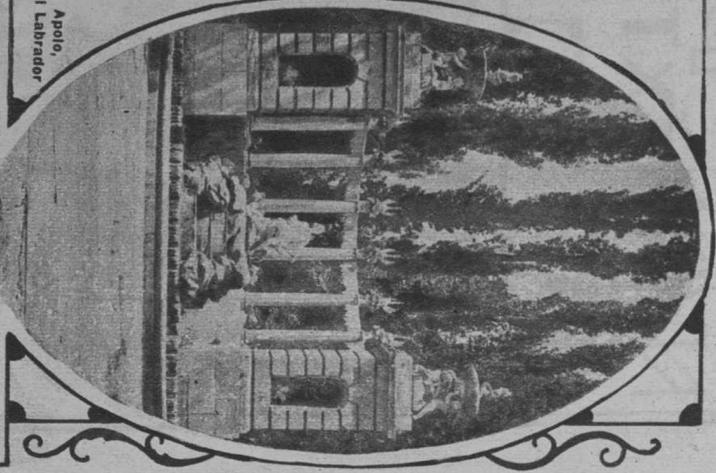
La puerta de los Apóstoles, de la Colegiata de Gandia

(Fots. Vidal)

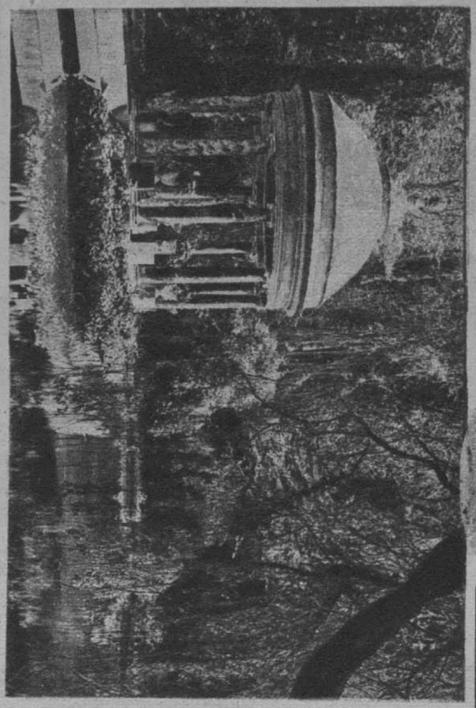
LOS BELLOS JARDINES DE ARANUEZ



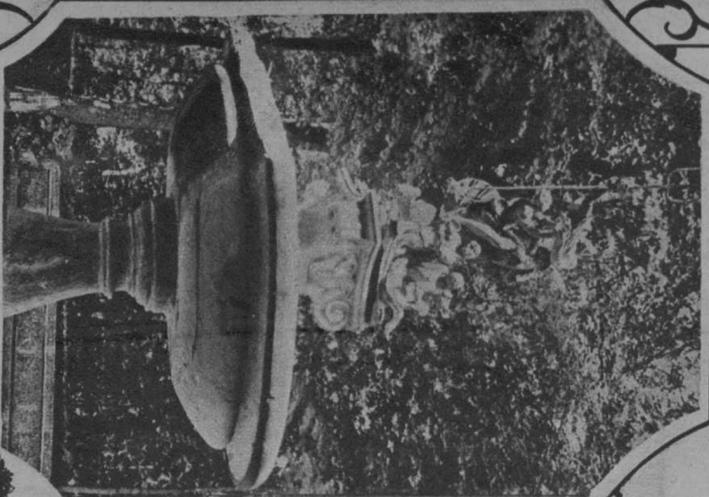
La fuente de Hércules y Antero, en el Palacio Real



La fuente de Apolo, en la Casa del Labrador



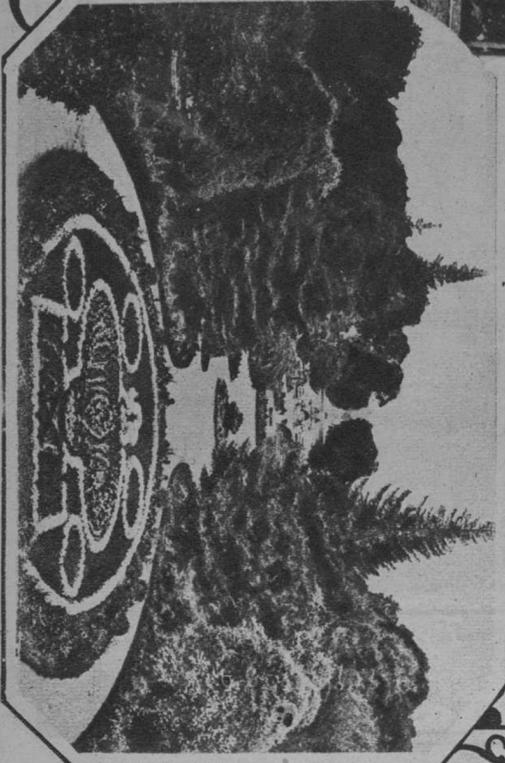
El templo del lago, en la Casa del Labrador



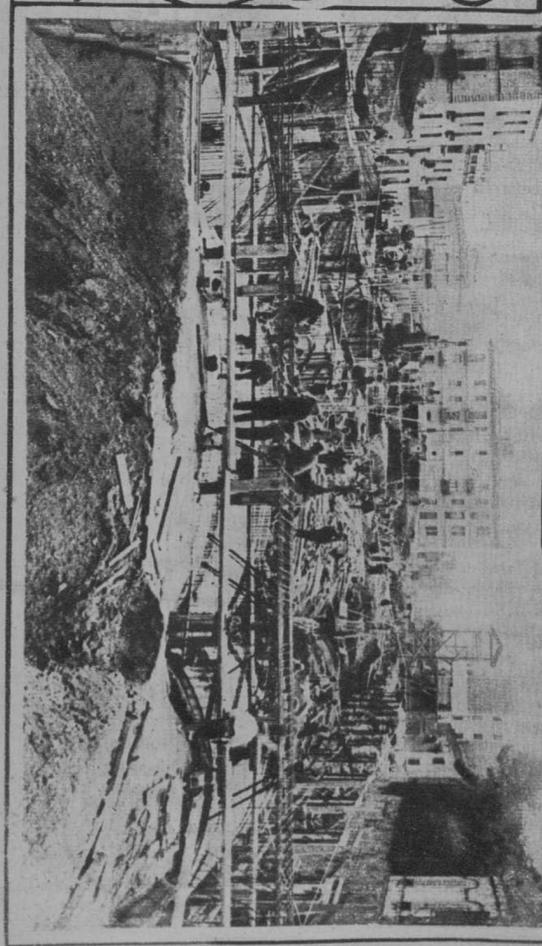
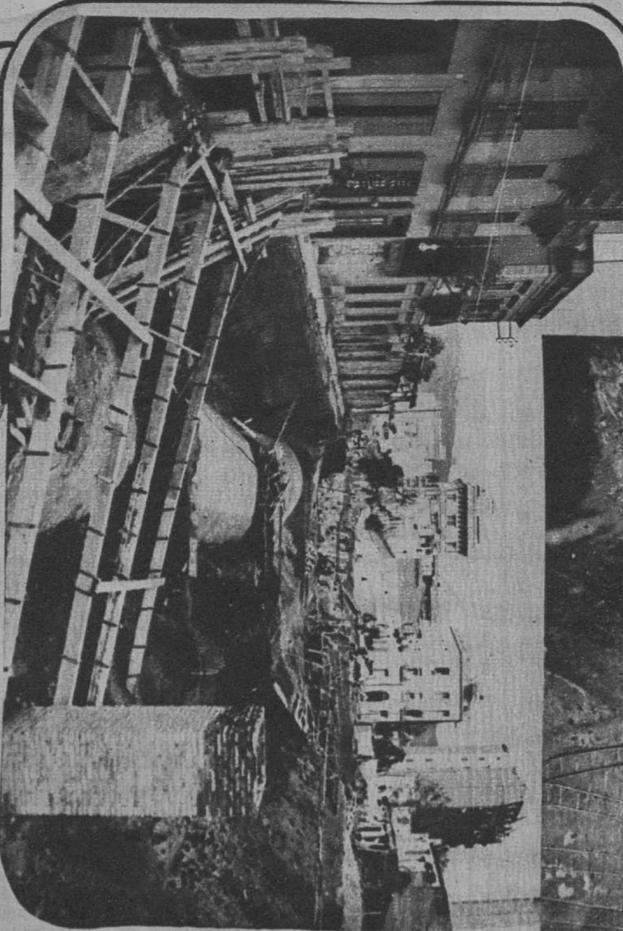
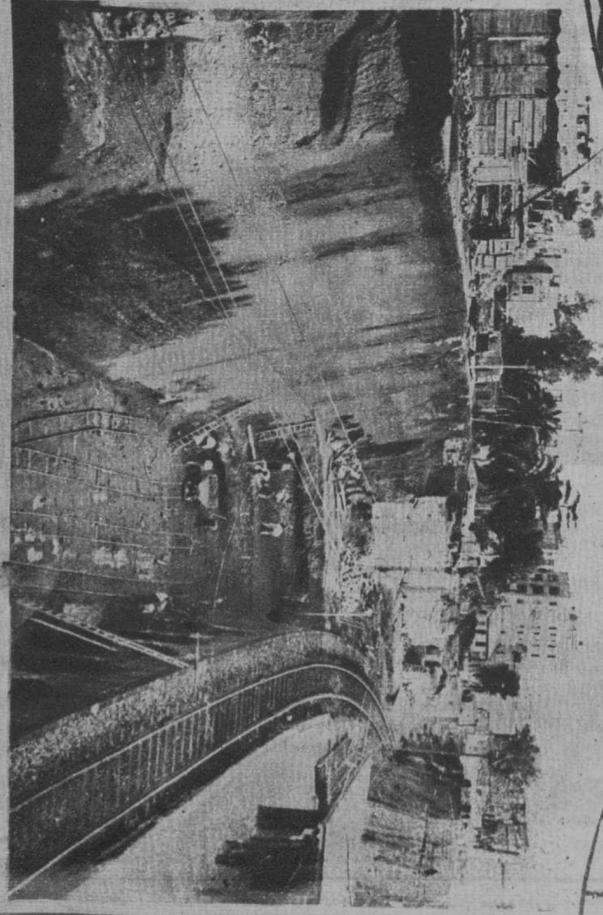
La fuente de Neptuno



Los jardines del Palacio Real



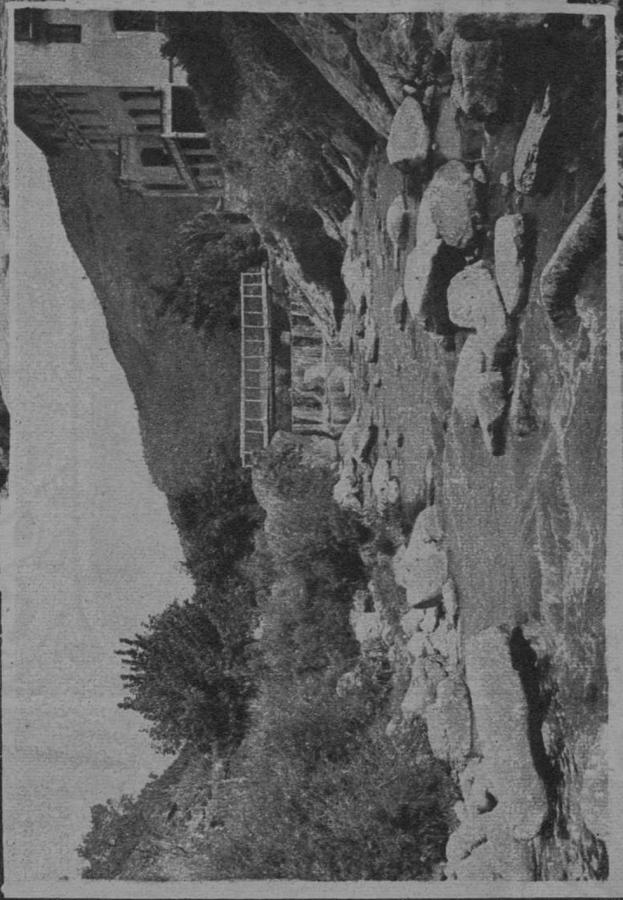
LAS GRANDES OBRAS URBANAS LA CONSTRUCCION DE LA LINEA SUBTERRANEA DEL FERRO-CARRIL DE SARRIA A BARCELONA



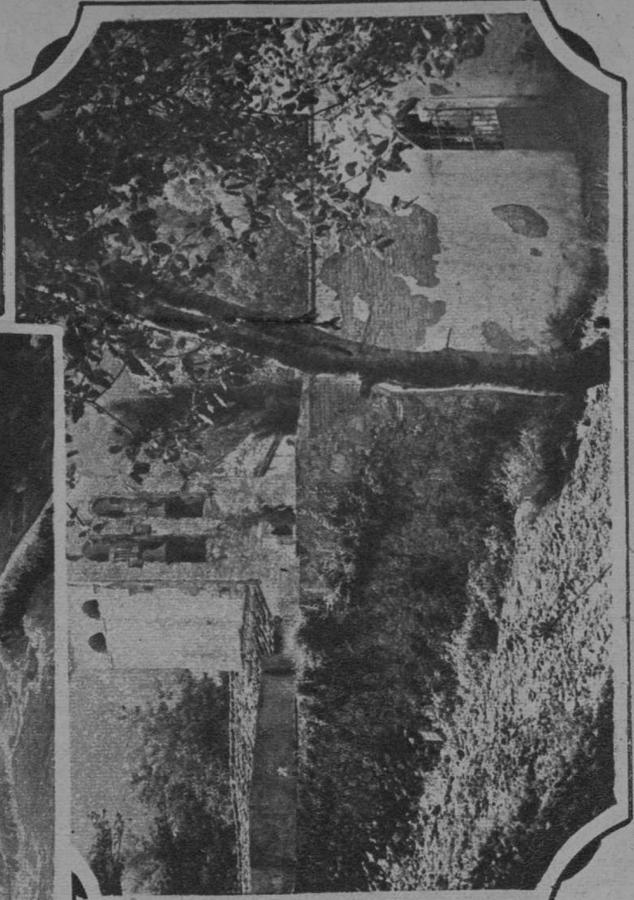


LOS AGRESTES  
PANORAMAS  
DEL FIGARÓ

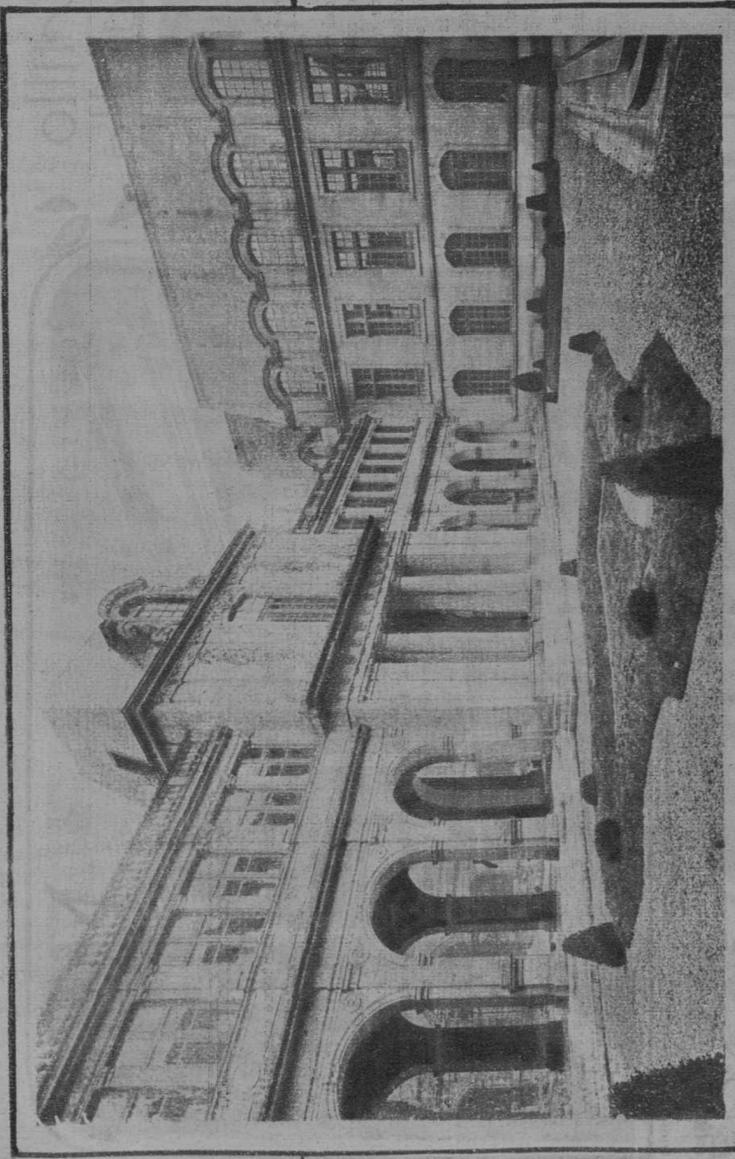
La cascada



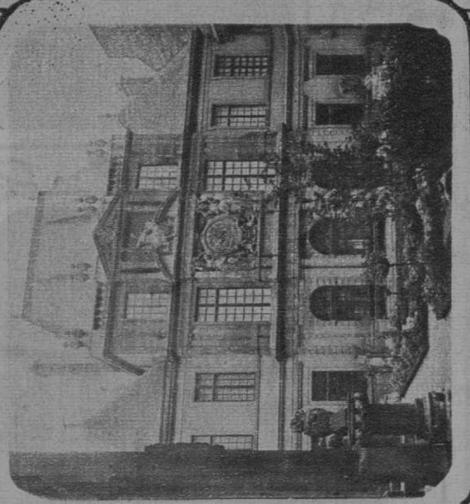
Un puente primitivo  
(Fots. Aiguoró)



El cementerio pueblerino

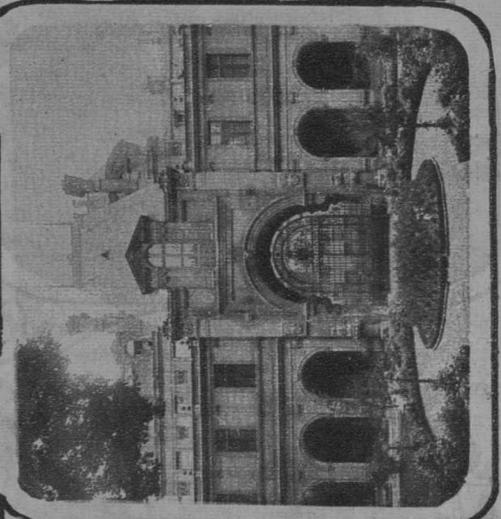


LAS BELLAS  
FACHADAS DEL  
MUSEO CARNAVALET,  
DE PARIS



- 1.—La fachada inaugurada el año pasado.
- 2.—Patio y estatua de Luis XV.
- 3.—El pabellón de las banderas.
- 4.—La fachada principal.

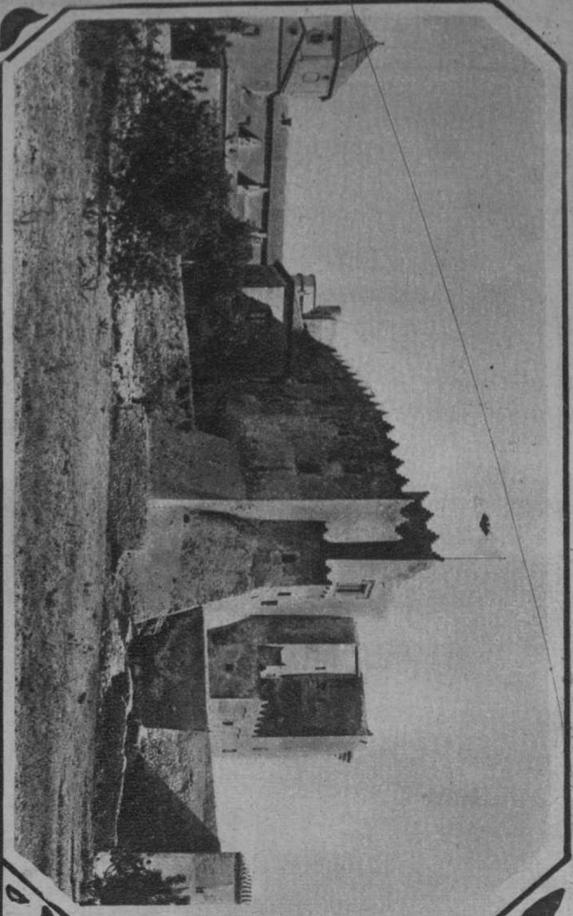
(Fots. Meurisse)



ciante al Paseo de Colón, según colocados en la parte alta de la fachada principal.

El edificio que remata la fachada principal con el histórico de Capitanía.

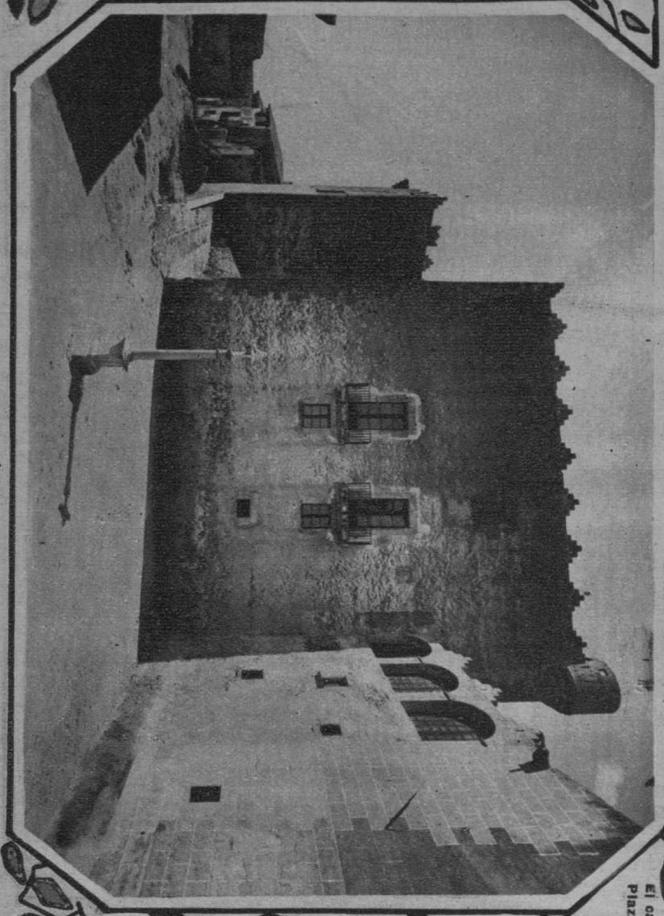
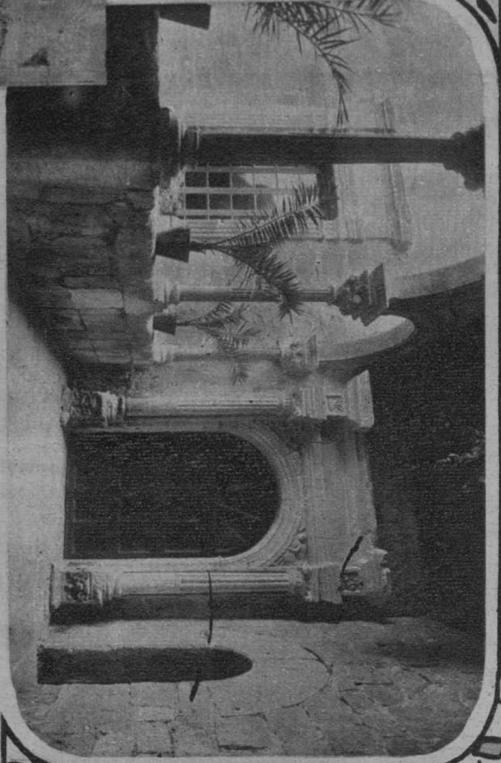
# El histórico Castillo de Tamarit en Alfafulla



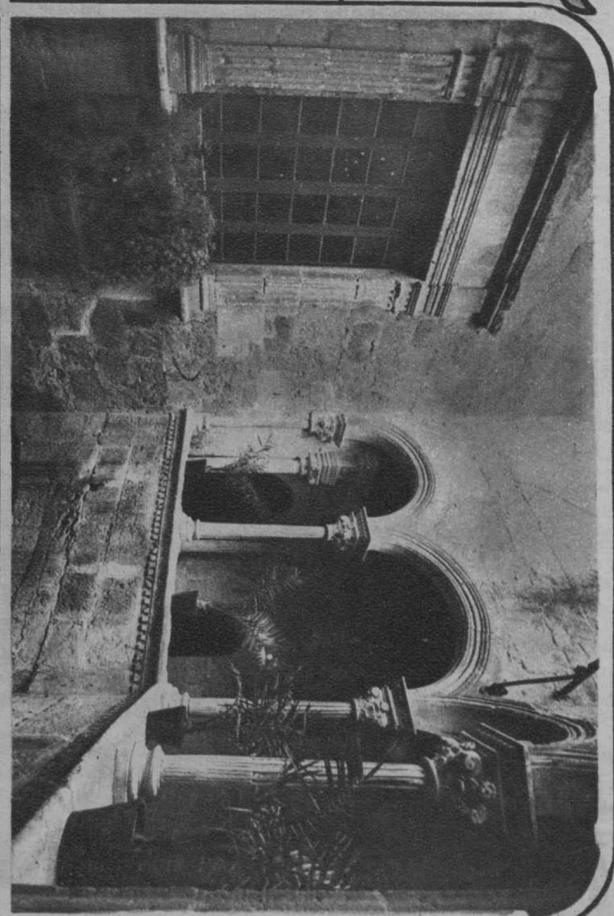
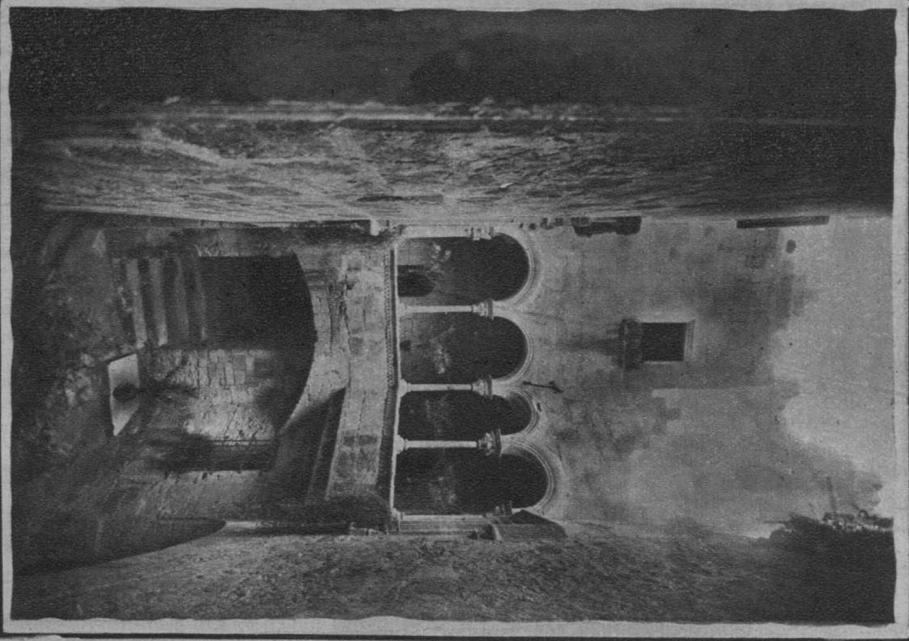
Vista general del castillo



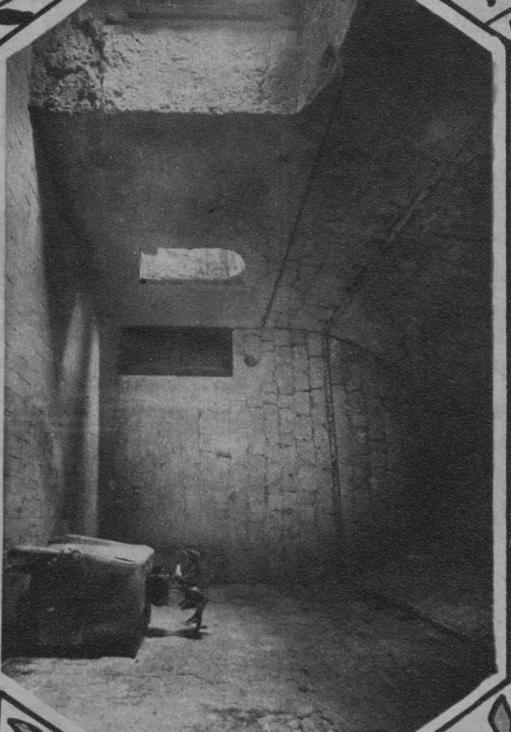
Un rincón de la galería  
La antigua imagen de la Virgen



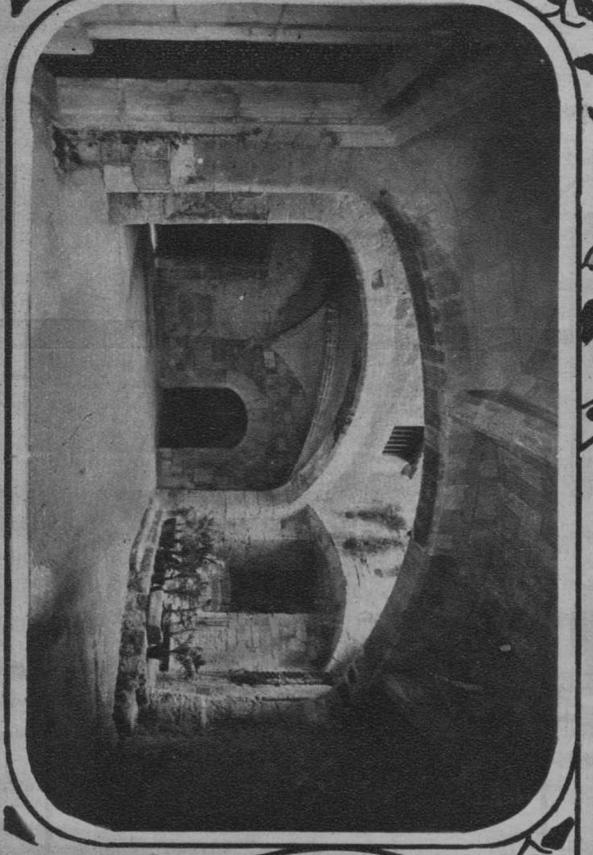
El patio y las galerías del castillo  
El castillo desde la Plaza de la Iglesia



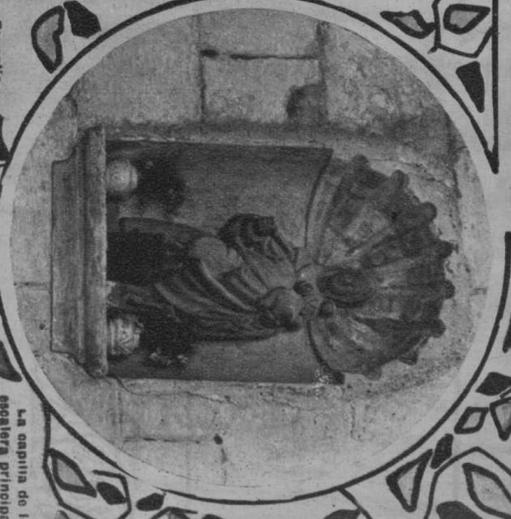
La galería del castillo



La antigua iglesia



El patio del castillo  
(Foto: Vallbo)



La capilla de la escultura principal



**Fior de Zarzal**  
**Pedro Barragan**  
(Estos dos del mismo)

zados, llegaban a obtener casi una sonrisa amable.  
Tenía el amor al molino que tienen los felinos por las tapias y lugares donde se crían. Nunca salió de él. Un día, un carrero de una casa de labor lejana, la convenció para que se dejara llevar a ver un baile que se celebraba con ocasión de una boda. No hacía media hora que se habían puesto en marcha cuando regresó corriendo, con un desgarrón en el vestido y con aire de gahato huido. Nunca dijo qué le había ocurrido. El carrero, un hombre rechoncho, cuadrado, de ojos lacrimosos, miró al molinero y hablar meloso, estuvo mucho tiempo sin llevar el trigo al molino.

El tío Jerónimo tenía una cara dura como labrada con hacha. Era alto, enjuto y andaba siempre con una especie de calzón-cillos de tela azul, rayada de blanco y un pañuelo liado a la cabeza y anudado a un lado, llegando las puntas hasta el hombro. Las cejas, frondosísimas, que avanzaban como un tejadillo por delante de los ojos embombados, las llevaba espolvoreadas mechones que le asomaban por debajo del polvillo de la barba, lo mismo que los mechones que le asomaban por debajo del pañuelo. Por esto parecía más viejo y los ojos más duros y sombríos.  
Había poco, y no se trataba más que con aquellos que por razón del oficio tenía que estar en contacto; mozos de labor y la-

lataña llanura para levantar las primitivas edificaciones de su ruda fantasía. Sea lo que sea, el caso es, que siempre se la encontraba en el mismo sitio. Le llamaban Fior de Zarzal, por lo que de punzante y montañés se notaba al acercarse a ella.  
—¡Luciana, Luciana! Por vida de Judas.  
—¿Aún no has hecho lumbre? ¿No se va a comer hoy aquí?  
Y Fior de Zarzal se levantaba y repetía los mismos menesteres que todos los días, sin pena ni gloria como decía su padre, el molinero, el tío Jerónimo.

Ella, ¡claro está!, alguna vez pensaba de- bía haber tenido madre, pero como el molinero, poco dado a ternuras ni expansiones, no había dedicado muchos ratos a cultivar los sentimientos de Luciana y ella por falta de contacto con otras muchachas no tenía ocasión de establecer comparaciones, ni en echar de ver contrastes, no era cosa que le preocupase mucho ni poco. Era huraña con todo el mundo. Únicamente guardaba sus caricias y su alegría para un chiquillo, hijo de una hermanastra, casada con uno del castillo del Horcajo, y que alguna vez dejaban permanecer a su lado tres o cuatro días. Todas las cosas que a ella le parecían bonitas se las guardaba durante semanas enteras. Una caja de hojadelata que había contenido un específico la hizo guardar con impaciencia mucho tiempo el momento de entregarlo. Los cazadores, que le guardaban los cartuchos, ya utili-

Desde el molino de Majamadre se divisaba la gran planicie manchega cubierta en primavera, de verde tierno de la sembradura, en otoño del amarillito tostado de los rastrojos, en invierno de un color de ladrillo que se iba agrisando hasta confundirse en la lejanía con el pardo de las nubes. Siempre enigmática, inmensurable como un océano, y teniendo como él sus embarcaciones: unos pesados carros, cubiertos de blancos toldos de lona, que eran durante horas enteras un punto en el horizonte, y que avanzaban penosa y lentamente tirados por hileras de mulas que se adormecían al compás de las coladeras mientras los conductores dormían también, tripas abajo sobre los sacos de trigo que llenaban los carros.

Día tras día, año tras año, vio Luciana el mismo paisaje, mirando como una fronteira misteriosa aquella línea suavemente curva por donde aparecían y desaparecían los pocos seres humanos con quien ella trabajaba con conocimiento. Se había acostumbrado desde niña, a permanecer horas enteras sentada en el poyo que había adosado a la pared del molino, los azules ojos, lo único honito de su cara, clavados en la llanura y oyendo el suave y sordo rodar de las muelas y el glogoteo del agua en la aceña. El río no le interesaba, apesar de sus riberas pobladas de molinos de juncos y de bosquecillos de enea. Parecía como si su espíritu salvaje necesitase la amplia y di-

tuar la censura de la Prensa, sobre todo en provincias, a donde no había llegado, todavía, el eco del escándalo.

Teofan, después de sus gestiones contra Rasputín, había sido trasladado a Taurida.

Hermógenes y Heliodoro, coincidiendo con Novoseloff, se lanzaron a la batalla. Primero la sostuvieron dentro del Santo Sinodo, en torno al nombramiento de obispo a favor de un monje llamado Varnave, que Rasputín había conocido en el convento de Verkhoturi, y al que protegía. Lukianof, el fiscal del Santo Sinodo, se oponía, y Sabler, otro alto dignatario rasputiniano, defendía el nombramiento, inútilmente, porque la mayoría del Santo Sinodo se oponía. Sabler apeló a lo supremo, al "¡la emperatriz lo quiere!", y Varnave fué hecho obispo.

Hermógenes y Heliodoro, no se rindieron y convocaron a Rasputín en casa de la Gorodine, una de las fervientes de Rasputín y amiga íntima del príncipe Yussupoff. Allí Rasputín encontró a Heliodoro, conversaron amigablemente y marcharon hacia el convento de Yaroslavski, donde los esperaban Hermógenes. Al entrar, viendo que también estaban allí Mitia Koliava, el "poseoso" y Rodionof, un teniente coronel, que luego, después de la revolución, publicó un libro resonante titulado "Nuestro Crimen", desconfió y entró, a un tiempo altanero y receloso en la estancia. El obispo Hermógenes, sin saludarle, le conminó, inmediatamente a abandonar el palacio imperial.

—Tú, Rasputín, no eres más que un impostor que simulas ser un santo mientras llevas una vida impia y obscena. Yo, cuando llegaste de Siberia, te auxilié, te llevé a nuestros salones y al palacio imperial porque creíamos en ti, pero siento que pesa sobre mi conciencia la gran falta de haberte puesto en contacto con los emperadores, a quienes deshonras con tu presencia y con tus relatos, en los que pones en entredicho el honor de la emperatriz. ¡Y tú, que sabes que eso es falso, te atreves a lanzar tu baba sobre la persona sabrada de la emperatriz! Pues bien, Rasputín, esto no puede continuar, y te conmino a que abandones San Petersburgo, abandonando la corte.

Rasputín se revolvió contra la intimación del obispo Hermógenes, violentamente, llenándole de injurias:

—No me iré y seguiré aquí para bien de los emperadores y rabie vuestra raza de perros, roña eclesiástica, y os chafaré a todos, a todos... (\*)

Hermógenes no pudo contenerse, y se alzó, airado, ante aquellas imprecaciones:

—¿Te atreves, vil obsceno, a desobedecerme? ¡Pues como obispo, te excomulgo!

Rasputín se irguió, enloquecido, al sentir la excomunión y lanzóse contra Hermógenes, en plena furia, perdiendo toda serenidad, lanzado a la agresión. Radionof, Heliodoro y el "iluminado" Mitia, se lanzaron a sujetar a Rasputín. Heliodoro, que con una cruz le conminaba a la obediencia, le dió un golpe, y por la frente de Rasputín apareció la sangre.

—¡A la capilla! Llévemole a la capilla para que jure.

(\*) Volvemos a insistir en que todo este relato es absolutamente verídico, incluso los diálogos. Esta escena la describe el teniente coronel Radionof, en su obra "Nuestro crimen".

Heliodoro comprendió que la lucha era desigual y que precisaba un acto de mayor firmeza que una súplica. El conocía toda la pujanza política y seductora de Rasputín. Durante su estancia en Tsaritsina, la casualidad hizo que, por dos veces, precisamente por propia ineptitud, presenciara la fascinación que Rasputín producía en las mujeres. Llamado por un cochero acudido a curar a la mujer de éste, caída en un ataque de epilepsia, ataque que, para el pueblo, era estar dominada y agitada por los diablos. Heliodoro no pudo conseguir que los demonios dejaran de atormentar a la mujer del cochero, joven y bonita, pero Rasputín intervino y quedándose solo con la endiablada consiguió ir expulsando a los diablos, tan cumplidamente, que el marido, al salir del cuarto de su mujer curada, le pidió la bendición. Otro día, una señora llamaba al padre Heliodoro para que exorcizase a su sobrina, pero Rasputín quiso intervenir y nuevamente, en la soledad de la habitación, libró batalla a los demonios que tiranizaban a aquella jovencita, logrando tan brillante victoria que, abriendo la puerta, mostró a la familia y al padre Heliodoro, la jovencita reposando en la cama con un sueño beatífico.

Heliodoro comprendió que sería siempre vencido por Rasputín, y cuando éste lo invitó a pasar unos días en su casa de Procoskoye, aceptó la invitación, con la preconcebida malicia de averiguar la vida pasada de su amigo y descubrir alguno de sus secretos. El viaje fué fructuoso, porque Rasputín, con la alegría de la marcha, la perspectiva de un reposo en su casa natal y las libaciones del camino, dió en contar a Heliodoro sus aventuras, sus conquistas, su influencia en la corte y sus doctrinas "Klisti", que Heliodoro escuchaba con el asombro de quien preveía una revelación. Al llegar a Procoskoye, comprobó que todo lo que había escuchado era verdad. En las habitaciones de Rasputín no se veía más que retratos con largas y exaltadas dedicatorias de la familia imperial y de altos dignatarios, objetos ricos que contrastaban con la sencillez de las estancias, regalos de los admiradores, iconos de valor, llenos de cintas, y el salón de baños donde Rasputín purificaba a sus discípulas.

Un día, Heliodoro percibió que en el correo recibido había un sobre con las armas imperiales. A la noche, se introdujo en el despacho de Rasputín, registró sus papeles, leyó cartas confidenciales y se apoderó de algunas firmadas por la emperatriz y sus hijas. La carta que había llegado aquella mañana era de la zarina y estaba escrita en un tono ardiente, de fe absoluta en el "staretz". Heliodoro, con aquellas armas epistolares y aquellos secretos, emprendió el regreso a San Petersburgo, reuniendo, al llegar, a sus amigos, los obispos Teofan y Hermógenes.

—He adquirido las pruebas—les dijo—de que Rasputín es un ser abominable, un herético "Klisti", y un detentador de la voluntad de la zarina. Mirad sus cartas, y puesto que en palacio son ciegos y sordos, hemos de ser nosotros los que le expulsamos.

Rasputín, entre tanto, no se preocupaba de la actitud esquiva de los tres dignatarios del Santo Sinodo y seguía su vida depravada y milagrosa. De vez en cuando hacía excursiones a Moscú, donde tenía varios círculos de damas adquiridas a su doctrina, y en los que se celebraba el rito de la iniciación de alguna nueva adepta, en los misterios de la "santificación por el pecado". Dos hijas de la baronesa de Kulomzine, desiendo ser presentadas a Rasputín, éste fué a Moscú y procedió a la extraña escena de las preguntas hechas por el "staretz".

brigos que llevaban el trigo a maquila y quienes el procuraba engañar cuanto podía. Solamente el tío Lorenzo el guardián, porque lo era del castillo del Horcajo, aparecía de cuando en cuando por allí en su condición de conserje del molino. Un viejo retraquete, alegre, con sombrero de grandes faldas recogidas con un pañuelo de "sandías" que le pasaba por detrás de la cabeza y se anudaba en la copa, albarcas de goma cuyas correas le sujetaban los escarpines, y unos delantales de cuero y negridos. La bandolera con chapa anunciaba con sus destellos la llegada de su portador, media hora antes:

—¡Gien dir: ¡qué hay por aquí!—dijo a modo de salutación viendo a Nieves que encullas amasaba en un domillo el salvado para el avefó.—¿Y ese hombre?

Con una seña, más que con la palabra, le indicó la artista la puerta del molino. No había llegado aun a ella Lorenzo, cuando la Luciana le dijo alzando la voz:

—¿Y la Basilita, aún no está guena?

—Ni sí ni no... A la cuenta yo creo que ha de ser resultados del pasmo tomo el otro día cuando el nene cayó en la lluvia del mosto... Le vino el susto de rechazo sobre lo que ya tenía.

—¿Y no toma más pa eso?

—El médico le pone injicciones, pero yo estoy en lo que dice la mujer del galán: un pichón bien abierto y cocido en vino tinto y puesto en salva sea la parte (señalando el estómago) le ha de sacar el asiento del sobresalto.

—Si no fuera más que el sobresalto eso y no tuviera los que le da el mala sombira de su hijo de usted.

—Ya estás en lo mismo, y en lo que tío el mundo. Siempre las malas lenguas que traen y llevan para infernar a las gentes de bien—contestó Lorenzo huyendo la conversación.

Quedó un momento suspensa ella, los labios contrahidos y mirando distraíentemente una pella de salvado que tenía en la mano y que le caía por entre los dedos.

Y vaya si el mozo, el Adolfo, era capaz de matar a disgustos, no a la enclenque hija del primer matrimonio del dueño del molino, sino a su mismísima patsina Dulcinea, la alta de pechos y ademán brioso, si expresamente para tal prueba resucitara. De soltero le temían más que al fuego. Fuerte como un risco, capaz de trasegar a su estómago incontables azumbres de vino, sin que se le notara más que una exaltación de sus malos instintos, había adquirido gran prestigio entre el mozo, desde que resistió de una manera heroica, y por puntillo las "indagatorias" hechas para dar con el autor de cierto empujón dado contra la llanta de un carro a un compañero de juegas, empujón que cortó la vida por haberse roto la base del cráneo. En este asunto tuvo que intervenir el amo para escarar en bien, pero no sin que fuera para este último una revelación Adolfo: desde entonces la utilizaba con éxito para sus asuntos electorales, y más de un candidato debió su acta a las bestialidades del hijo de Lorenzo.

Ya casado con la Basilita, una boda de conveniencia arreglada por el padre y con

vistas al molino, la condición de aquel barrio no cambió, pero sí sufrieron algunas modificaciones sus costumbres. Se hizo co-diceoso y por esta razón el segundo enlace del tío Jeromo con la complicación de la Luciana que cambiaba el porvenir, exasperante hasta el punto que parecía que no tenía más finalidad en la vida que atormentar a Basilita, que, simpóna, insignificante y fea, no tenía elementos para hacerle frente. Muñerigo siempre lo fué pero esto no era cosa a que se le diera gran importancia, porque no le ocasionaban días malos dudo su carácter.

Desde el lugar de costumbre percibió Luciana la voz de Adolfo guiando las mulas que tiraban de la galera.

—¡Ria, ríal liboo hógii!

Y se oía el chasquido del látigo formando el acompañamiento de una verdadera letanía de blasfemias.

No se movió Flor de Zarzal de su sitio, a pesar de que arda en deseos de preguntarle a su cuñado por el chiquillo.

Había transcurrido un rato, el suficiente para descargar el carro, cuando se aproximó Adolfo, el látigo colgando del cuello y con un trozo de pan y tocino en una mano que el del Horcajo iba embutiendo, después de hacerlo pedacitos con la navaja cachucherna que llevaba en la otra.

—Gata montesa, ¿estás ahí? La Basilita me ha dao para ti un envuelto que ahí te lo he dejado. No es cosa muy de mi gusto servir de "ordinarios". Pero vamos, tratándose de ti... ya es otra cosa—y al decir esto se le fué acercando poco a poco hasta terminar la frase intentando tocarle la cara con la punta de los dedos de la mano con que sostenía la cachucherna. Movimiento que esquivó ella rápida y con un gesto de desdén.

—Ya te he dicho que a mí no me toques. ¡A ver si tú me has tomado a mí por alguna de las tías perras que gasfáis en el caserío.

—¡Míral!—exclamó, haciendo con los dedos un remolino casi en los mismos labios de ella, que los tenía apretados y salientes por el enfado.

—Más te valía ocuparte de tu mujer a quien estás matando a...  
—Vamos, niña, ¿te llevo en el carro? Si no sí...  
—¿Contigo? Antes me tiraba entre las piedras del molino.  
—Vaya una harina más amarga que saldría.  
—Si fuera para que reventaras tú, ya estaba hecho.

—Adiós, carifosa.

No contestó la montara. Fija en el horizonte la mirrada, tenía acentuado en el rostro todo lo que de duro existía en ella. Estaba más pálida que de ordinario, con la cara contrahida, que parecía cortársela y en los hermosos ojos brillaban unas chispitas fosforescentes. No había equivocado Adolfo la comparación: era una verdadera gata salvaje.

Tuvo Luciana, en varias ocasiones en los siguientes días, que esquivar la presencia de su cuñado en el que parecía que la ad-

titud de ella provocaba en Adolfo una de aquellas crisis que unas veces tomaba la forma de quemante injuria y otras las de una sed loca e irracional del sufrimiento ajeno, según los casos y según las ocasiones.

A los dos o tres días, el retumbar del ovalo de latón sujeto a la banderola del tío Lorenzo, anunció al sol que se ponía, la llegada del guarda del Horcajo.

Hacia un viento arrollador, que barría la llanura; el tío Lorenzo andaba completamente inclinado hacia adelante para contrarrestarlo, metiéndose hasta los gatrones en la tierra amasado por el agua de recipientes temporales.

Sentado estaba el molinero junto a la enorme chimenea de campana, ocupado en trascendental operación de limpiar la vieja escopeta de pistón, de largo cañón sujeto con abrazaderas de cobre y enorme e historiado perillito, cuando llegó Lorenzo. Flor de Zarzal, hecha un currujo encima de un cofín de ennes callaba, meditativa como siempre.

En honor al recién llegado se echó al hogar un buen brazado de jarras, que artileron con una gran fogarada que iluminó la estancia y que hizo alargarse las sombras de las personas y de los objetos y recorrer en fantástico baile las negras paredes y el techo de fuertes y torcidas colañas de roble.

—¡Mucho viento, eh!—dijo el tío Jeromo por decir algo, extrañado de la llegada de Lorenzo a hora no acostumbrada, pero esperando con paciencia canzorra y campesina a que el otro se explicase.

—Mucho viento; al pasar del Halcónjo pensé que me llevaba.

—¿Y por allí?—afectando indiferencia Jeromo.

—Hombre, te dije. Allí como haber no hay na, ¡vamos, na! Algo hay, y no gueno. El aquel de la Basilita, y como Adolfo pues tiene su genio...

—Siempre estamos con los mismos romances, Lorenzo.

—Romances, romances; romances son los que un día van a traer una perdición, gov- que él por la güena se le lleva sonda se quiere...

No siendo a sitio güeno.

—Pues vamos al cuento: la Basilita haec dos días que se ha emperzo en no pasar bocoo. Dice que no quiere estar más en el Horcajo. A la cuenta la debilidad le ha cogido el celebro, digo yo, porque otra cosa...

—Y th... algo traes pensado.

—Hombre, yo quisiera, que tú retiraras a Adolfo, que él yo sé que te aprecia, para que le hagas rificiones. El pasará mañana por aquí en el mulo, que lo ha mandao llamar el amo a Piedra Blanca pa que habbe con él de cosas de elecciones.

—Eso él, y de ella, qué...??

—Yo veré si puedo con ayuda de las mufes de convenceala a que tome un poco de puchero.

—¿Y el nene?—inquirió ya sin poderse contener, Luciana.

—Pues a la cuenta del son los deasos-

titud de ella provocaba en Adolfo una de aquellas crisis que unas veces tomaba la forma de quemante injuria y otras las de una sed loca e irracional del sufrimiento ajeno, según los casos y según las ocasiones.

titud de ella provocaba en Adolfo una de aquellas crisis que unas veces tomaba la forma de quemante injuria y otras las de una sed loca e irracional del sufrimiento ajeno, según los casos y según las ocasiones.

y las respuestas de las neófitas para demostrar que sus almas estaban bien dispuestas para el "sacrificio", a las danzas rituales y al baño purificador. Pero las dos muchachas, Vera y Xenia, tenían dos hermanos oficiales que dieron aviso a la policía de lo que ocurría. La policía sorprendió la reunión y Rasputin, con sus discípulas, fué detenido.

La policía dió el siguiente parte:

"Informe de Ivan Obrutcheff, agente de policía número 1.287, de la segunda división de la policía secreta de Moscou. - 2 de abril.

"Conforme a las instrucciones de Jefatura, he visitado, a las órdenes del inspector Dragomiroff, el número 136 de la Tverskaya, contiguo a la fábrica de cartón Lukutin, a la una y media de la mañana. He hallado en una habitación tapizada, pero amueblada sumariamente, una reunión de mujeres del culto de los "Klistis" arrodilladas ante el monje Gregorio Novik (\*), siendo en total veintiocho personas, catorce de ellas damas de la alta sociedad. Al entrar en la habitación con ocho agentes, vi al "staretz" detrás de una mesa leyendo pasajes del Evangelio. En las paredes vi estampas pornográficas. Cumpliendo las órdenes fueron detenidas todas aquellas mujeres después de vestirse y dar sus nombres y direcciones. Rasputin, indignado, solicitó permiso para telegrafiar a palacio, que le fué concedido. Al día siguiente fueron todos puestos en libertad. Rasputin tomó el tren de las 4'15 para la capital. Firmado: Ivan Obrutcheff."

El escándalo repercutió en San Petersburgo y llegó al palacio imperial. Inútil todo. La emperatriz concebía que Rasputin asistiese a esas escenas, pero era llevado a ellas porque querían perderle, y él, ingenuo mujic sin malicia para evitar las emboscadas de la ciudad, no sabía sobreponerse a las tentaciones de los malos espíritus, borrando luego el involuntario pecado con la penitencia. Sin embargo, el grupo adverso a los manejos del monje todopoderoso lanzó un folleto virulento donde Novoseloff, profesor de la Academia de Teología de Moscou, recogía todos los atentados a la religión y a la moral cometidos por Rasputin, al que presentaba como un sectario "Klisti". El folleto fué recogido por la policía. Novoseloff, publicó un extracto en el periódico "Golos Moskv". El periódico fué, también, recogido y multado. Pero ya no era posible poner diques al escándalo. Los periódicos comenzaron a hacer causa común con Novoseloff, lanzando artículos con episodios de la vida abominable de Rasputin y dando fotografías donde éste aparecía rodeado de sus amigos.

Novoseloff, volvió a insistir en su campaña, publicando en el "Golos Moskv" un artículo que era un toque de generala contra Rasputin y sus protectores.

—¿Quosque tandem?—decía el artículo. "Este grito de indignación sale de todo corazón cristiano para ir a buscar al sutil conspirador contra la Iglesia Ortodoxa, al vil corruptor de almas cuerpos que se llama Gregorio Rasputin. ¿Quosque tandem?" Esta es la interrogación que todos los hijos de la Iglesia diri-

(\*) Rasputin era también conocido por el "Novik", o sea el Nuevo, el "staretz" nuevo.



La emperatriz de Rusia, Alejandra Feodorovna

gen al Sinodo, ante la terrible tolerancia que presta esta alta institución eclesiástica, a Rasputin..."

—¿Cómo explicar el silencio de los obispos, al corriente de la conducta de este mixtificador? ¿Por qué los guardianes de la fe se callan, cuando en las cartas que me envían tratan al falso doctor de pseudo-sectario, charlatán y eretómano?..."

El artículo seguía en este tono de indignada vibración. La respuesta del palacio imperial, a instancia de la emperatriz, instigada por Rasputin, fué acen-

## Distracciones para niños

EL CARTERO

Tomar una docena de sobres nuevos. Estos sobres podrán ser empleados muchas veces para el mismo juego. El contenido del sobre será diferente, según las edades de los niños. Para los más pequeños se pondrá dentro de él un dibujo de objeto corriente, recortado de un catálogo, o un dibujo que represente un animal conocido por los niños, por ejemplo: el gato, el perro, la gallina, el caballo, etc. Para los mayores el juego del cartero puede ser una especie de espectáculo de ser comprendidas hasta por los menos adelantados. En vez de una palabra se puede poner una simple letra, un número, o dibujos de flores comunes, o de animales menos familiares que los nombrados.

Las palabras, letras o números, deben ser escritos con tinta negra y en caracteres de una altura mínima de dos centímetros y medio.

Hechos esos preparativos, empieza el juego. Se introducen en los sobres las hojas preparadas; se colocan las «cartas» en una caja y se designa cartero a un niño de la clase. El «cartero» pasa entre los niños sentados en sus bancos distribuyendo los sobres a su agrado. El niño que recibe la visita del cartero se levanta y se acerca al pupitre de la maestra o al director del juego y lee en voz alta su «carta». Luego la presenta a los demás niños, quienes aplauden si el destinatario de la carta ha leído o ha visto bien. Si cometió un error, su carta vuelve a ser puesta en el sobre y el cartero la entrega a otro niño.

### LOS OBREROS SILENCIOSOS

Se dice: «Obreros: les doy un martillo; ¿qué hacen ustedes de él?»

Los niños nada responden de palabra, pero deben alzar la mano derecha y hacer el ademán de golpear con un martillo. Los que se equivocan haciendo un movimiento diferente o permanecen inactivos, pierden y deben pagar prenda.

Se continúa el juego nombrando sucesivamente un serrucho, una hoz, una escopeta, una escoba, una azada, un rasillo, un cepillo, un par de tijeras, una aguja, etcétera.

En cada caso los niños deben hacer el ademán que exige el manejo de la herramienta o el utensilio nombrado.

## LOS GUIJARROS

—¿Cómo haré yo, madre, por salir del vicio?  
—¡Míre que me tiene medio muerto el vino!

—Hijo de mi alma, malo estás, malito, pero sé remedio si quieres seguirlo.

Toma unos guijarros de los del camino, ponlos en la mesa junto al jarro henchido y échale uno de ellos a cada sorbito. No importa que suban... Tú bebe tranquilo...

¡Tú verás qué pronto se te pasa el vicio! Hízolo el muchacho, crédulo y sumiso, y bebió unos días, siempre convenido de la taumaturgia de los guijarros.

Subían las piedras y menguaba el líquido; ya cada vez eran los sorbos más chicos...

Tomó la costumbre del beber mezquino... Ya no bebía nada... Y a su madre dijo: —Quítame ese jarro para mí baldío... Dame el agua clara tras el cristal limpio... ¡Ay, madre del alma, qué se me fué el vicio!... ¡Dáme un beso, madre, que no huelo a vino!

CLAVIS EIMERIC

### EL REPARTO DE LA HERENCIA

Un padre tenía dos hijos: Les dijo: —No tardaré en morir. Se dividirán todos los bienes por partes iguales.

Cuando el padre murió, los hijos no pudieron ponerse de acuerdo acerca del reparto. Fueron a ver a un vecino para que

juzgara en su conflicto. El vecino les preguntó:

—¿Cómo les ordenó su padre que se repartiesen los bienes?  
El vecino dijo:

—Por consiguiente, partan las ropas en pedazos, hagan pedazos la vajilla y quédese cada uno con la mitad; dividan el ganado por mitades, después de haberlo matado. Los dos hermanos hicieron lo que el vecino les aconsejaba, y se quedaron sin nada!

### LA PIEDRA

Un hombre pobre fué a ver a un hombre rico y le pidió una limosna. El rico no le dió nada.

—¡Vete!—le dijo. El pobre no se iba. El rico se encolerizó. Alzó una piedra y la arrojó contra el otro. El pobre recogió la piedra y la guardó en el bolsillo diciendo:

—La llevaré para arrojársele a mí vez algún día.

Y ese día llegó. El hombre rico cometió un crimen. Lo despojaron de todos sus bienes. El día que lo llevaron a la cárcel, el hombre pobre se halló en su camino. Se adelantó, sacó la piedra del bolsillo y alzó el brazo. Pero luego en breve reflexión la dejó caer diciendo:

—¿Para qué la he llevado conmigo tanto tiempo? Para nada. Cuando él era rico y poderoso me infundía temor; ahora, sólo me inspira piedad.

## PAMPIROLADAS

Pregunta de niño a niño:

—¿Por qué al idioma de nuestros papás, lo llaman «lengua materna» y no «paterna»?  
—Porque las mujeres son mucho más habladoras que los hombres.

Ocurriencia:  
—¡Mamá! ¡Yo quisiera convertirme en jirafa!

—¿Por qué, hijo mío?  
—Para atrapar el pote de mermelada que tienes encima del trinchante.

Pampirolin, sentado en las redillas de un caballero barbudo, amigo de la casa, preguntó:

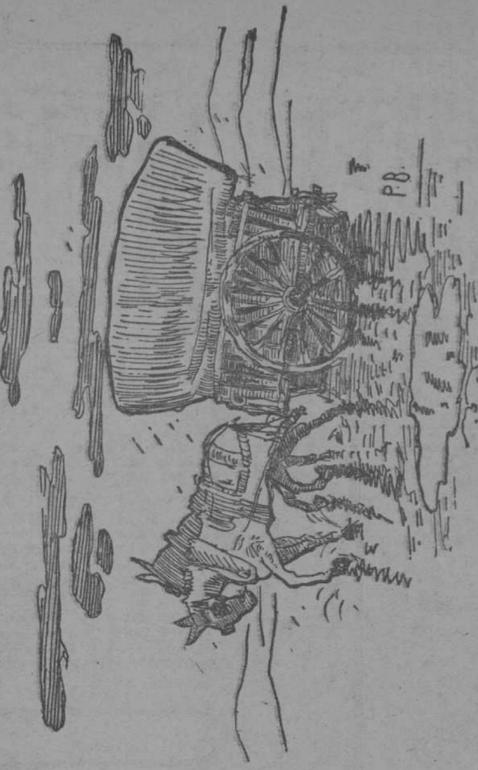
—Dime: ¿tú duermes con la barba puesta?  
—Natural! ¿Por qué lo dudas?  
—¿Como mamá se quita los cabellos cuando se mete en la cama!

### LOS SALVAJES ASUSTADIZOS, O LO QUE PUEDE LA ASTUCIA



Luciana, con ese oído agudo de los habitantes del campo, llegó a percibir los ronquidos de su padre que descansaba como el molino.

Tiró al suelo un objeto oscuro y de forma alargada que apenas hizo ruido al caer. Después, agarrándose fuertemente al marco de la ventana, echó la otra pierna fuera y por un momento los pies buscaron en el muro una oquedad ya conocida. Deslizándose como un lagarto llegó al suelo. Recordó



el objeto que había tirado antes; un fuerte cuchillo con vaina de negro cuero, y se puso en marcha procurando pisar en un murete de piedra que está sobre el río.

Caminó por unos campos de barbecho donde la tierra estaba más dura. De pronto tuvo que agazaparse; alguien venía en dirección contraria a la de ella. A la violación luz reconoció a un labriego que solía llevar trigo al molino. Siguió adelante jadeando por la precipitada marcha. El agua le corría por la espalda y le hacía caer el pelo en forma de chupones por los dos lados de la cara.

Al llegar al borde de un camino relativamente ancho, hizo alto y miró a lo lejos. El agua en los lugares bajos formaba lagunas que brillaban como espejos. Los rodajes de los carros parecían ríeles de plata. Acurruca de atrás de un cerca de piedra pasó de largo. La vista fija en el camino que desaparecía en un suave ribazo.

De pronto, se estremeció, miró con los ojos casi desorbitados al extremo del camino, por donde acababa de aparecer una masa informe en la que reconoció el carro del castillo. Tirado por una poderosa yunta avanzaba lentamente por el camino lleno de baches y dando bandazos como una nave en temporal.

Luciana lo veía avanzar, y sin embargo se hacía la ilusión de que le quedaba mucho tiempo para decidirse a ejecutar el acto que allí le había llevado y por el cual por otra parte estaba obsesionada. Más que el frío de la mañana su estado febril le hacía castañear los dientes.

Por el caminar del carro, muy pegada a un lindero, y sin esquivar los malos pasos, comprendió dormía su conductor. Unos mo-

se con una mano a uno de los barrotes de un varal. Así fué arrastrada unos pasos. Demasiado alto el carro no lo pudo escalar con facilidad. Intentó poner el pie en la «galga» pero se lo impidió el movimiento. Consiguió por fin meter un pie en la cadena que la sostenía, y ya de rodillas sobre la trasera, fué rasteando hasta llegar junto a su cuñado. Incorporándose rápidamente, se dejó caer de bruces con el largo cuchillo cogido con las dos manos sobre las espaldas de Adolfo que dormía boca abajo.

Como un gusano a quien se hiere con un afiler así se encogió bruscamente el dormido. Fué una sacudida que la despidió contra uno de los varales. Adolfo intentó levantarse pero en las ansias de la muerte cayó rodando hacia ella en un momento en que estuvo a punto casi de volcar el carro. Se vio la cara de la víctima pegada a ella con los ojos fijos en los suyos mientras algo se le escapaba por la boca, mitad excremento, mitad palabras, envueltas en bocanadas de sangre.

Logró escapar y se encontró en el suelo, no sin antes recoger el cuchillo...

Nunca en los largos ratos que pensó en aquella mañana se pudo dar exacta cuenta Fior de Zarzal, de su vuelta al molino. Recordaba, como una pesadilla, que tuvo que esconderse en un surco para dejar pasar al labriego que había encontrado a la ida. Después la vuelta a su habitación por el mismo camino y destranzándose las manos contra las hmedas piedras. El pedazo de espejo empotrado en la pared que le denunció su palidez cadavérica y una mancha de sangre junto a una sien, que le llegaba hasta una mejilla. El cambio del corpiño y del zagalajo lleno de agua, barro y ma-

# Ante las reformas de la Capitanía General

## La entrada a la ciudad por vía marítima. - La labor de la Junta Mixta de Urbanización y Acuatelamiento

El herosear la entrada de la ciudad por vía marítima era un problema importantísimo al desarrollarse por los representantes en el Municipio, de la gran urbe mediterránea. Cuantas veces se había intentado ir al plantamiento de tan trascendental obra, se habían encontrado con un fin de contradicciones, las más importantes radicaban en Madrid, ya que a los Gobiernos no les parecía bien en dar ciertas concesiones.

Era necesario derribar los edificios viejos y sin ninguna utilidad que aparecían en la Puerta de la Paz. Convenía que los que nos visitaran y llegasen a Barcelona por vía marítima, al desembarcar no hallasen ante sus ojos espectáculos propios de una ciudad muerta, de una ciudad que no se hacía acreedora a que se le llamase la «Perla del Mediterráneo».

Precisaba que el ramo de Guerra fuese al Ayuntamiento de la ciudad, facilidades para la concesión de los edificios que a él pertenecían y estaban situados en las zonas donde se tenían que realizar las reformas indicadas, y al cederse aquéllos, era indispensable la edificación de nuevos cuarteles que reunieran todos los adelantos y condiciones necesarias para el objeto a que se destinaban.

La labor a realizar suponía un esfuerzo grandioso al que sin duda alguna tenían

que sumarse todos los que sintieran por Barcelona un ferviente cariño, y la ciudad había que sacrificarse una vez más, pero esta vez el sacrificio iba aparejado con la mejora tantas veces anhelada.

El general Barreña, que tiene demostrado con creces el entrañable cariño que siente por Barcelona, reunió en su despacho a las autoridades municipal y provincial, y de esta reunión con un cambio de impresiones respecto a lo que venía que realizarse, nació la Junta Mixta de Urbanización y Acuatelamiento que más tarde era declarada oficial por el Gobierno, en Real decreto de 15 de marzo de 1927.

El general Barreña encontró en el Gobierno un decidido empeño de dar las condiciones necesarias para que la Junta por él creada se desarrollara sin ninguna trabaja, con perfecta autonomía, al objeto de que cuanto antes fuese un hecho la realización de lo que motivo su constitución.

De regreso de Madrid, el capitán general convocó inmediatamente a los señores que formaban la Junta Mixta de Urbanización y Acuatelamiento: se constituyeron los diferentes Comités de obras y administración que actúan en seguridad con un celo y entusiasmo grandioso, por lo que se ha podido, en un espacio limitadísimo de tiempo si se tiene en cuenta la labor llevada a cabo, ir a la realización de un problema de tanta trascendencia e importancia para la gran urbe.

Barcelona tendrá completamente hermoseada la entrada a la ciudad por vía marítima. La Puerta de la Paz, tal como quedará después de la nueva urbanización, será admirada por cuantos en ella desembarquen, y el ramo de Guerra tendrá en Barcelona edificios adecuados y propios para alojar dignamente a las tropas de su guardia, sustituyendo a los viejos cuarteles, en los que, por no reunir ninguna condición eran inútiles cuantas reformas se introducirían.

Los principales centros oficiales del ramo de Guerra, Capitanía General y Gobierno Militar, serán dignos de la importancia de una ciudad como Barcelona, y para ello ha puesto especial empeño la Junta Mixta de Urbanización y Acuatelamiento. Barcelona tendrá una deuda de agradecimiento para los que, con gran alteza de miras, sin ningún interés, laborando sólo por su engrandecimiento, han conseguido el titánico esfuerzo de llevar a la realización una mejora planteada, hace muchos años y que era del todo punto indispensable.

**TRABAJOS REALIZADOS**

La Junta Mixta de Urbanización y Acuatelamiento ha realizado un trabajo importante, a tal extremo que en corto espacio de tiempo, si se tiene en cuenta la labor llevada a cabo, ha adquirido mediante concurso los terrenos necesarios para la edificación de los cuarteles y hospitales militares, y dentro breve plazo será un hecho lo que tanto anhelaba Barcelona.

El milagro de tan ejemplar laboriosidad se debe a que cuantos han trabajado con el general Barreña, autoridades, personalidades, tanto civiles como militares, todos lo han hecho con gran entusiasmo, por lo que son dignos del unánime reconocimiento.

Los plenos de las Juntas mixtas se des-

arrollaron con gran armonía. Los diferentes Comités nombrados, han desempeñado su cometido con gran acierto y compensados unos y otros con el sólo afán de ir a la realización de una obra grande para la ciudad.

**LAS OBRAS DE CAPITANÍA GENERAL**

En Capitanía han comenzado ya las obras para convertir aquel edificio, que en otro tiempo fue convento, en un palacio para la autoridad militar que está a la altura de la importancia de Barcelona.

La fachada que da al Paseo de Colón se reforma completamente, despareciendo todos sus detalles, por otros de mayor elegancia.

Sobre lo que ha de ser la Capitanía General, nos da algunos informes el dignísimo coronel de ingenieros, señor Gil Clemente.

Al edificio se le levanta un piso, previamente cambiadas todas las vigas de madera por otras de hierro. Esto permitirá la elevación de techo del piso donde se hallaban las dependencias del Estado Mayor, y ponerles en condiciones, que hoy día no tenían.

El palacio de Capitanía General, era antiguo convento mercenario y fue entregado al ramo de Guerra en mayo de 1845, según unos datos que se guardan en el archivo de aquel centro oficial.

Primero se adoptó para cuartel de infantería y después pasó a ser Capitanía General.

Según los mismos datos a que antes nos referimos, la fachada actual de Capitanía, es de construcción posterior a la del patio central del edificio, y pertenece al estilo renacimiento, barroco.

En las obras que ahora se realizan, se restaurará el patio central, pero conservando todas sus líneas y estilo.

Las hermosas arcadas y columnas volverán a tener su primitiva riqueza, que para ello se está restaurando convenientemente.

En el piso principal de Capitanía se introducirán grandes mejoras que abarcan el salón del trono, despacho y habitaciones del capitán general, comedores, salones y dependencias, y las habitaciones destinadas para cuando se ha de alojar allí alguna personalidad.

La escalera que da acceso al piso principal, y que tiene su entrada por la plaza de la Merced, será dotada de suntuosidad y riqueza.

Para el servicio de Capitanía serán instalados tres ascensores.

En la fachada del Paseo de Colón, se abren dos grandes puertas, una de ellas, la del lado izquierdo comunicará directamente con el patio central del edificio, para facilitar el acceso al mismo de los coches.

En la fachada perteneciente a la plaza de la Merced, se introducen también grandes mejoras.

Se conservará la actual archeda, colocando un ríto zócalo de mármol. Desparece la tribuna que pertenecía al despacho de verano del capitán general, y se sustituye por un amplio salón de mármol.

También se mejora y embellecen los arcos que dan comunicación entre la Capitanía y la Basílica de la Merced.

Para dar una idea de tal como quedarán

arrollaron con gran armonía. Los diferentes Comités nombrados, han desempeñado su cometido con gran acierto y compensados unos y otros con el sólo afán de ir a la realización de una obra grande para la ciudad.

**LAS OBRAS DE CAPITANÍA GENERAL**

En Capitanía han comenzado ya las obras para convertir aquel edificio, que en otro tiempo fue convento, en un palacio para la autoridad militar que está a la altura de la importancia de Barcelona.

La fachada que da al Paseo de Colón se reforma completamente, despareciendo todos sus detalles, por otros de mayor elegancia.

Sobre lo que ha de ser la Capitanía General, nos da algunos informes el dignísimo coronel de ingenieros, señor Gil Clemente.

Al edificio se le levanta un piso, previamente cambiadas todas las vigas de madera por otras de hierro. Esto permitirá la elevación de techo del piso donde se hallaban las dependencias del Estado Mayor, y ponerles en condiciones, que hoy día no tenían.

# PAGINAS INFANTILES

## El hígado del mono

He aquí que, una vez, un cocodrilo que tenía su morada en un pequeño islote, en medio de un río, sintió la comenzada de comer dátiles, que vea brillar, rubios, llenos de miel, en lo alto de una palmera, que crecía a la orilla del río.

Desgraciadamente, el cocodrilo no podía volar y habría pasado la vida sin poder satisfacer su deseo, si no hubiera acertado un día a descubrir en la copa del árbol un mono que se zampaba, tranquilamente, los dátiles más en sazón.

Trabó amistad con el mono, charlaron a más y mejor y ya en plan de franca camaradería, el cocodrilo solicitó unos cuantos dátiles, que su nuevo amigo le arrojó, con excelente buena voluntad. ¡No hay que decir si el cocodrilo los encontró sabrosos!

Tanto, que, platicando y comiendo, el cocodrilo, olvidado de regresar a su casa a la hora de costumbre. Cuando lo hizo, la agarraba ya su mujer hecha una furia.

Para calmarla, el animal reveló la causa de su tardanza y la esposa del cocodrilo, engolostada, mostró deseos de comer dátiles como su marido.

—Ven conmigo, pues—declaró el marido.

Y al día siguiente acudieron macho y hembra al pie del árbol, en cuya copa, el mono hacía su diaria colación.

—Amigo mío... Hoy vamos a tener un invitado, si no te sabe mal... Mi querida esposa.

El mono habría preferido comerse, sin ayuda de nadie, el exquisito fruto, pero no era cosa de regalar con el cocodrilo, que tenía un genio de todos los demonios, y comenzó a tirarles dátiles que los dos cocodrilos engullían con verdadera satisfacción.

Nada, sin embargo, es eterno en la tierra y la palmera acabó por agotar su fruto, con grave aflicción de la mujer del cocodrilo. La cual, regresando a su islote con su marido, murmuró:

—¡Qué lastimal! Haberse acabado los dátiles, con lo que a mí me gustan!

—¡Comiste tantos!

—¡Mas comió el mono!

—¡El, los tenía más a mano!

—¿Sabes lo que deberías ahora hacer tú?

—No sé...

Conversar al mono de que yiniese a nuestra casa... Debe tener el hígado lleno de dátiles... Va a ser un magnífico poste... Ande, ve, y procura por todos los medios, que venga a vernos...

El codrilo obedeció, aunque apesadumbrado, porque había puesto amor en su compañero. Halló al mono jugueteando con su propia cola, a la orilla del río.

—¡Ah, mono amigo! ¡Qué gran desgracia! Mi mujer se ha puesto repentinamente enferma, no quiere probar bocado... Temo que se muera... En cambio, no hace más que hablar de ti con elogio y estoy seguro de que si tú fueras a verla, se pondría buena inmediatamente.

No respondió el mono nada malo. Sólo apuntó un temer:

—Cocodrilo... Ya sabes que yo soy poco acudático.

—Te llevaré sobre mis secamas.

—Bien.

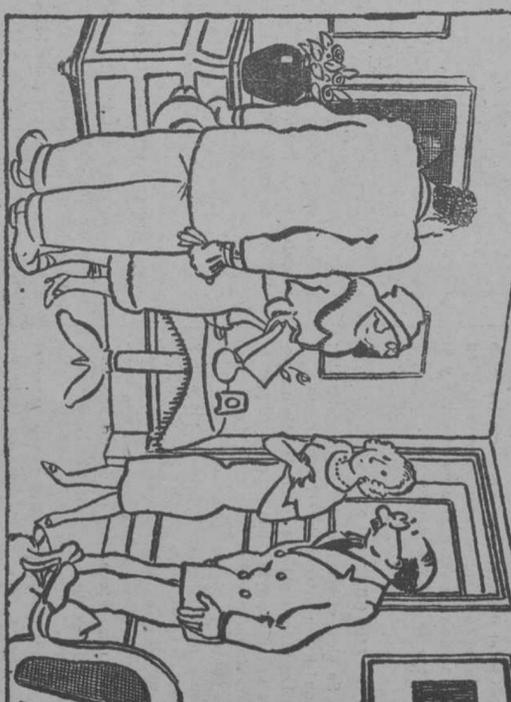
Y el mono subió sin desconfianza. Iban ya a mitad del camino, cuando el cocodrilo, comprendiendo que su amigo ya no podía retroceder, quiso descargar su conciencia.

—Voy a decirte la verdad, mono amigo, yo no soy tan fuerte como tú creías.

—Amigo... Tu esposa no será boba, pero tú, más de la cuenta. Vuelve a ella y dile que no cuente con mi hígado, que está muy bien donde está.

Comprendió, tardamente, el cocodrilo su necesidad, retirándose moñino y morriñando se la cola con furor, mientras el mono, alegre y satisfecho, se abanicaba con la suya propia.

## PRESENTACION DE NOVIO



—¡Ah, tienes a tu futuro, hija mía...

—¡Dios mío! ¿No podría cambiario por una talla más pequeña?

encima de unos pedestales con emplazamiento en la parte baja del patio central del palacio, debajo de las arcadas, dando frente a la puerta principal.

También nos manifestó, que en el centro del patio, sustituyendo a una farola, que hoy allí, se levantará una hermosa y artística fuente, en la cual se colocarán, esculpidas en mármol, cuatro leyendas que recuerden hechos importantísimos llevados a cabo en épocas distintas y que tengan relación con el historial de Capitanía.

El escudo que remata la actual fachada

de Capitanía, por orden del general Barreña, será colocado en la fachada de la plaza de la Merced.

Brigadas numerosas de obreros trabajan en Capitanía General, para que en breve aquel edificio, en el que se ha logrado conservar las bellezas y estilo de cuando se edificó, esté dotado de todos los adelantos que en riqueza y confort requieren un palacio para albergar en él dignamente a la primera autoridad militar de la región.

Miguel de CARVAL

go... Mi mujer no es tan toeta que quiera tenerle a su lado por capricho. Lo que ella quiere es simplemente comerte el hígado.

—Pero ¡qué necio eres, querido cocodrilo! ¿Por qué no me dijiste esto antes? Precisamente, para que no me pesara, para mis saltos y piruetas, dejé el hígado en la copa de la palmera... ¡Qué lastimal! Hemos perdido un tiempo precioso. Mirar, llevame de nuevo a tierra, recogere el hígado... y todos contentos.

Cayó en la argucia el cocodrilo y nuevamente hizo lo que el mono pedía. Otra vez en la orilla, el mono, con su habitual ligereza, trepó al árbol desde donde, burlándose de la candidez del cocodrilo, gritó:

—Amigo... Tu esposa no será boba, pero tú, más de la cuenta. Vuelve a ella y dile que no cuente con mi hígado, que está muy bien donde está.

Comprendió, tardamente, el cocodrilo su necesidad, retirándose moñino y morriñando se la cola con furor, mientras el mono, alegre y satisfecho, se abanicaba con la suya propia.